

Precio 10 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 69.—5 de Setiembre de 1921

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *Santo Domingo*
2. *¡Al pasar!*
3. *Decadencia Social*
4. *Luis María Drago*
5. *Miscelánea*

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Cubros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Cubros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 69.—5 de Setiembre de 1921

Santo Domingo

Han sido huéspedes de Buenos Aires, por breves semanas, los escritores y universitarios Federico Henríquez Carvajal y Max Henríquez Ureña, en misión de propaganda contra la ocupación militar de Santo Domingo por el Gobierno de Estados Unidos. La revista «Nosotros» les dedicó una de sus comidas más cordiales; la ofreció el doctor Arturo Orzábal Quintana con las siguientes palabras, que interpretaron el pensamiento de todos.

Amigos:

La Dirección de «Nosotros» me ha honrado con la gratísima misión de expresar a Uds., en vísperas de su partida, la simpatía muy viva de todos los amigos aquí presentes.

Sus relevantes condiciones de escritores, no han menester ser puestas de relieve en una reunión de intelectuales, pues el nombre de ustedes ha

tiempo que brilla con creciente fulgor en las letras de Hispano-América. Nos consta, por otra parte, que vuestra presencia en la Argentina obedece a razones más graves y trascendentales que las que de ordinario inducen a efectuar giras literarias. Sobre estas razones de vuestra venida a nuestro país, deseo extenderme durante breves instantes.

Sabemos todos, queridos amigos, que Uds. recorren el continente americano en misión de justicia. Sabemos, y nos duele profundamente, que vuestra tierra natal lleva ya cuatro dolorosos años de calvario, por obra de un capitalismo invasor que mistifica al mundo hablando de libertad... Sabemos que el alma dominicana sufre y espera, desgarrada y anhelante; y por todo ello sentimos nuestra alma americana vibrar indignada en nuestros corazones de hombres libres.

Hay una trágica identidad en los procedimientos de los poderosos de la tierra, a través del espacio y a través del tiempo. Hace algo más de veinte años, el gobierno de S. M. británica, al igual de otros, aceptaba complaci-

do la invitación del inepto Nicolás II, Zar de todas las Rusias, y concurría a la Haya para administrar a los pueblos oprimidos la morfina del pacifismo verbal. Simultáneamente, recuérdese, tramaba ese mismo gobierno, en la sombra propicia a todas las iniquidades, la brutal agresión que había de ensangrentar toda el Africa Austral durante tres años, suprimiendo, para provecho exclusivo de algunos millonarios, la independencia de dos repúblicas. Años más tarde, cuando el inmenso drama de la guerra mundial hacía surgir en las almas acongojadas un intenso anhelo de paz duradera, basada sobre la justicia, el Presidente Wilson, en su célebre mensaje del 22 de enero de 1917, afirmaba: «No hay paz que pueda durar, ni que deba durar, si no reconoce y acepta el principio de que los gobiernos derivan todos sus justos poderes del consentimiento de los gobernados». Dos meses antes la república de Santo Domingo, que en legendarias luchas conquistara su libertad, era ocupada militarmente y su gobierno, expresión del consentimiento de los gobernados, radicalmen-

te suprimido. ¿Por orden de quién, señores? Por orden del Presidente Wilson, que así con los hechos, hacía traición a sus propias palabras.

Amigos: en Uds. saludamos a vuestro pueblo, y en él a la humanidad que pugna por alcanzar el reino de la justicia. Que en vuestra gira por otras regiones de América os acompañe constantemente el recuerdo de la vibrante simpatía con que nuestra juventud, amiga del derecho y de la libertad, ha hecho suya, también, la causa de Santo Domingo.

De la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires.

El amor de los hijos
es la savia de los viejos.

¡Al pasar!

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
a la trémula sombra de un almez,
hermosa como Ruth la mohabita,
recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco, saya
corta listada, un delantal
festoneado de cintas de anafaya
y una toca plegada de percal.

.....
¡En pocos años, qué mudanza! ¡apenas
si pude conocerla! ¡cuán gentil!

más fresca que las niveas azucenas
en las mañanas límpidas de abril.

Tenía la cintura como un mimbre
flexible y fina, el rostro angelical;
su voz, su dulce voz, era de un timbre
más suave que el canto de un turpial.

.....
Al volverse hacia atrás y dar conmigo
no atinó a recordarme, se turbó;
más luégo que la hablé, mi acento amigo
sus recuerdos de infancia despertó!

—Cómo, ¿sois vos? me dijo, conmovida.
Vos aquí en la comarca! ¿La salud
sentis de nuevo acaso enflaquecida
y en procura volvéis de aire, de quietud?

No, Blanca, a otro país voy de camino;
dichoso fuera de descansar aquí;
donde ha tiempo llegara peregrino
disfrutando la calma que perdí.

Y bien lo siento a fe.... ¡Ah, quién me diera
habitar otra vez el romeral,
perderme entre la viña en la pradera,
beber el agua virgen del raudal!

No era este el deseo caprichoso
del que aspira a una efímera merced;
de olvido, de silencio, de reposo
sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luégo a la aldeana bella
por su padre, que un día me acogió
bajo su techo hospitalario, y ella
contestó suspirando —«¡Ya murió!»

—«¡Murió! ¿Cuándo murió?» —«Cumplirá un año
lo que empiecen las uvas a pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si vierais, desierto está el hogar!»

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,
de corazón ingenuo, sin doblez,
allá en su juventud bravo soldado,
vaquero y labrador en su vejez.

«¿De qué murió?» la dije. — «Estaba fuerte.
«Como el tronco que veis de ese abenuz;
«un día entre la mies le halló la muerte
«allí donde se alza aquella cruz!»

— «¿Y tu madre?» — «Llora el día entero.
Si queréis verla os llevaré, venid,
está ella abajo próxima al otero,
a la sombra tejiendo de la vid.»

— «Es tarde ya,» la contesté, «y aun queda
«lejos la aldea a donde voy. A más
«temo afigirla. El cielo la conceda
«el consuelo a sus penas, la dirás.»

— «Pero al menos,» repuso, los colores
animándola el rostro, «aceptaréis
«del jardín de mi padre algunas flores
«plantadas por su mano, ¿os negaréis?»

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguila, pues, dejando mi montura
atada al tronco de un almendro en flor.

Hizome un ramillete, sonrojada,
con infantil sonrisa me lo dió;
luégo por una senda sombreada,
del arroyo a la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
al grato son; el céfiro fugaz
murmuraba en los sauces; blandamente
gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
que en esa alma limpia pude leer
la vaga agitación, el tierno anhelo,
que despierta el amor en la mujer.

Como la miel dorada rebosante
de las vivas abejas del panal,
derramaba su aroma refrescante,
la flor de su inocencia virginal.

Sombras de sueños vanos, el reflejo
de una esperanza indefinida vi
sobre su frente, cristalino espejo
de un sentimiento ardiente y baladi.

«Blanca,» la dije al levantarme, «habita
aquí la paz; que permanezcas fiel
al hogar de tus padres y bendita
corra tu vida, venturosa en él».

«¿No volveréis?» — «¿Quién sabe! voy muy lejos.
«¡Adios! cuida a tu madre, que el amor
«de los hijos la savia es de los viejos,
«de la vida que muere último albor».

A tomar mi caballo juntos fuimos....
lo que por mí pasó decir no sé,
cuando una y otra vez nos despedimos
y que en la casta frente la besé.

Carlos Guido Spano

Argentino, fallecido hace apenas tres años.

Resumen de la obra

Decadencia Social

Por Edward Alsworth Ross

DECADENCIA envuelve la idea de un
tejido deshecho, el desmoronamiento
de un muro enantes sólido, la caída

de una construcción que se ha carcomido en las ensambladuras. Una sociedad decadente es aquella que ha descendido de un nivel anterior de unidad, vigor y eficiencia.

En una sociedad que decae, nótese que hay *menos veneración por los antepasados y menos cuidado por la posteridad.*

*
* *

Varias son las causas externas que pueden contribuir a la decadencia de una sociedad. Una de ellas es *un cambio adverso de clima.* En Centro América, en el Turquestán Chino, Mesopotamia, Cambodgia y Rhodesia se encuentran imponentes ruinas que testifican la obra manual de pueblos muy superiores a los actuales habitantes en cultura y organización.

*
* *

Subyugación es otra causa de decaimiento social. Casi siempre la conquista trastorna o destruye la organización social de los conquistados. Frecuentemente somete a éstos a condiciones que falsean o corrompen su

carácter, y a la postre los hace incompetentes para mantener un grupo normal de vida.

*
* *

Las bases de la sociedad son la *tierra* y el *pueblo*, y así, si la una o el otro se deteriora, la sociedad se doblega, vacila y cae, como una casa cuyos cimientos se rompen. Sabemos hoy que, en su día de trabajo, un pueblo puede disipar o agotar de tal modo sus recursos naturales, que deja la tierra apenas habitable. Detrás de algunas de las grandes tragedias de la historia estamos comenzando a entrever *agotamiento de la tierra*.

*
* *

Hay varias cosas que pueden cambiar desfavorablemente la fibra hereditaria de un pueblo. Una es *la corriente hacia la ciudad*. Las resplandecientes ciudades atraen a los más despiertos jóvenes del campo y los tientan a esforzarse por los premios del éxito. Pero se casan más tarde, mueren más pronto, y dejan menos hijos que los insípidos primos que se

quedaron en el campo. Invariablemente, hasta hace un siglo, las ciudades eran consumidores de hombres, las muertes excedían siempre a los nacimientos, de modo que sólo las mantenía la constante corriente de los campos. El hecho de que la población urbana pueda reproducirse hoy, no debe hacernos olvidar cómo por siglos las ciudades fueron hornos de fundición donde los mejor dotados se elevaban y se hacían incandescentes, pero eran sin embargo incinerados sin haberse reproducido debidamente.

*
* *

La *emigración*, a veces rebaja, a veces mejora la calidad de un pueblo. Una fuerte y prolongada emigración, que se lleva a los más atrevidos y emprendedores, rebaja la calidad de un pueblo. La gran emigración de griegos, particularmente después que las conquistas de alejandro les abrieron toda el Asia Occidental, puede tener algo que hacer con el abatimiento de la Edad de Plata. La conquista y colonización de las Américas y las Filipinas privó a España de elementos

que mucha falta le hacían. La persecución causada por la profesión de ideas hace emigrar la crema, como lo podemos ver en la historia de los fugitivos hugonotes y los perseguidos sectarios que fundaron algunas colonias americanas. Por otra parte, la emigración en busca de salarios en nuevos países bien policiados, probablemente se lleva elementos que, en lo general, son inferiores al promedio de sus connacionales.

*
* *

Además de las causas de decadencia existentes *fuera* de la sociedad o *bajo* ella, pueden producirse *dentro* de la sociedad toxinas que la envenenen. Una de estas toxinas es un EXCESO DE INSTITUCIONES, tan grande que debilite el carácter, destruya la libertad e intimide las inteligencias originativas, cuya misión es iniciar los movimientos necesarios a la adaptación de la sociedad a las nuevas condiciones.

*
* *

El predominio de la vida de la ciudad, cambiando el modo de organiza-

ción de la mente social, puede abrir la puerta a la decadencia. El hombre del campo, arraigado en heredadas creencias, y consolidado por su experiencia directa con lo concreto, no es fácilmente dominable. Pero el hombre de la ciudad, inconstante, escéptico, ansioso de sensaciones, pronto en responder, es una flauta ideal que el demagogo puede tocar. De Cleón, el ídolo de la asamblea ateniense y de las cortes de justicia, que condujo a Atenas a un desastroso imperialismo y militarismo, Aristóteles dice: «Es él quien parece haber hecho más por corromper al pueblo por medio de sus propios instintos.»

Tucídides llama la atención hacia el hecho de que Pericles en realidad dirigía al pueblo en lugar de dejarse dirigir por él. «Al contrario,» agrega, «como los que vivieron después de él no tenían marcada superioridad que los distinguiera, y sin embargo estaban ansiosos de superarse el uno al otro, se empeñaron en agradar a las masas y les permitieron que manejaran ellas los asuntos públicos.»

Hé aquí, pues, una situación cargada

de mal —una omnipotente democracia urbana reunida constantemente en una grande asamblea y manejando a un Gobierno que exige pocos conocimientos técnicos.

*
* *

Una tendencia semejante de poner las partes inferiores de la naturaleza humana sobre las superiores, acecha en la jefatura del periódico moderno. El periódico tiene un grande y creciente poder sobre el espíritu público, debido a que fija la perspectiva en la cual el lector mira los sucesos del día. Controlando la distribución del énfasis en la narración de los hechos, acentuando día por día ciertos hechos y postergando los hechos opuestos, dando la página frontal, en grandes tipos, a las noticias que él quiere hacer notar, mientras que a las noticias que quiere hacer pasar desapercibidas da una página interior en non-pareil, el propietario del periódico manufactura las impresiones que alimentan la opinión, y si controla una cadena de importantes periódicos, puede virtualmen-

te formar la opinión pública sin que el público lo sepa.

Lo que él haga de ella depende de las condiciones de la competencia en la publicación de periódicos. Consultando su propio interés, el propietario de periódico se siente tentado a ganar el favor del público apelando a sus prejuicios antes que a desafiar tales prejuicios y construir pacientemente en sus lectores una opinión nacional. Si él opta por este último curso, sus competidores asirán prontamente la oportunidad para seducir a sus lectores siguiendo el otro curso; así, mucho antes de que haya podido inclinar al público a que siga su dirección, sus rivales tendrán la circulación y los avisos, dejándolo con un pequeño pero selecto cuerpo de lectores, además de una conciencia aprobadora. En una palabra, en el campo del periodismo se cumple una especie de ley de Gresham. Dice Mr. Norman Angel:

Así como en el comercio la moneda adulterada, si en mucha cantidad, ahuyenta o desaloja la legítima, en la lucha de motivos, las acciones que respondan a los más primitivos sentimientos e impulsos, irreflexivos pensamientos, prejuicios establecidos, pueden ser estimuladas por el periódico moderno

mucho más fácilmente que las acciones originadas por pensamientos reflexivos y racionalizados. Un periódico que apele a aquel grupo de motivos debe alcanzar éxito mucho antes de que el que apela al segundo grupo haya establecido su caso.

El remedio contra esta siniestra tendencia no es la restricción de los periódicos, sino el robustecimiento de las influencias correctivas. El púlpito se dirige a la parte más profunda de la naturaleza humana antes que a los instintos más fácilmente despertables. El maestro se funda en información organizada más bien que en emoción organizada, para realizar las reformas que desea. El autor de un libro se dirige más frecuentemente a la inteligencia del lector que el escritor de periódico, y así el uso de las bibliotecas públicas tiene un efecto neutralizador. La instrucción de los adultos por extensión universitaria contribuye al juicio sereno de los asuntos públicos. El asombroso desarrollo de las escuelas superiores contribuye grandemente al número de espíritus firmes. La generalización de centros de comunidad es otro antídoto contra los periódicos. Gracias a estas instituciones, los americanos, con toda su lectura

de periódicos, no muestran generalmente, sin embargo, la psicología política que parece producirse donde quiera que la influencia de los periódicos no está balanceada por influencias de una tendencia más sobria.

*
* *

La decadencia comienza cuando el sentimiento de solidaridad ha muerto en el corazón de muchos miembros del grupo. Esto sucede si el sistema social llega a encarnar evidentes injusticias. Generalmente el pobre no se resiente de las grandes desigualdades de la suerte, siempre que la sociedad sea flúida y haya competencia. El se conforta con la esperanza: «Si yo no puedo levantarme, un hijo mío se levantará.» Pero los audaces y capaces que se han abierto camino al poder o a la riqueza, hacen lo posible por tumbar las escaleras por donde ellos subieron, a fin de garantizar a sus hijos y a sus nietos contra otros capaces. Perezca la sociedad, pero salvemos nuestro linaje. De este modo los afortunados se encierran en una casta hereditaria,

y un sentido de injusticia se difunde entre las masas.

Vemos ahora por qué una numerosa y floreciente clase media es una garantía de salud social. Ella significa, además, circulación de individuos entre las clases, lo cual conserva viva la esperanza en los jóvenes ambiciosos de las bajas clases. La clase media, además, media entre las clases extremas, pone velas al bote para que no zozobre. No permite a los aristócratas ni al populacho hacer su voluntad los unos contra los otros. Impide que el Estado se vuelva un Estado de clases, y que las instituciones sociales se conviertan en meros soportes de injusticias.

El decrecimiento y desaparición de la clase media, dejando al pueblo dividido en dos campos, pobres y ricos, es de consiguiente un mal signo. De un lado hay una nobleza del dinero que, habiendo abandonado todo servicio útil a la sociedad, se ha entregado al lujo y al placer; de otro lado, un tosco, grosero, desenfrenado e irresponsable paisanaje o populacho, y ningún puente de comunicación entre los

unos y los otros. Ninguno de los dos campos siente que el otro es parte de «nosotros.» Cada uno siente que sus intereses serán sacrificados si el otro domina, e irá a todo extremo para alcanzar y conservar el poder. En suma, la sociedad nacional ha muerto, y en su lugar hay dos grupos de clases, que ocupan el mismo territorio y son interdependientes en varios sentidos, y sin embargo, dispuestos a llamar al enemigo nacional antes que a convenir en el dominio de uno de los dos.

*
* *

La sociedad puede también decaer por deterioro del carácter del pueblo. Erigida una columna social, el carácter de un pueblo se ha formado, no sólo por su experiencia diaria, sino por los modelos que a sus ojos ofrecen los superiores sociales. Si éstos se vuelven amantes de la comodidad y del lujo, su ejemplo puede gradualmente minar la virilidad del pueblo. Tal vez no hay quienes sean tan asiduamente imitados como los que alcanzan un éxito conspicuo. Si se les

ve llegar a la cumbre por la rapacidad, el engaño y la corrupción, la sociedad se formará por sus malos modelos. Es por esto por lo que no son los pequeños criminales de emboscadas y callejuelas los más peligrosos para la sociedad, sino los grandes criminales, que impunemente roban, engañan, cohechan, en su camino al trono social. Unos y otros roban, pero los últimos además corrompen el carácter nacional, porque la generación naciente toma su ejemplo como un medio propio para triunfar en el mundo.

Luis María Drago

Murió en Buenos Aires el 9 de Junio

Una palabra del discurso pronunciado en sus exequias por VICENTE GALLO, Consejero de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la República Argentina.

Han dejado de alumbrar desde la alta cumbre en que resplandecían, la cultura y el pensamiento de uno de los superiores espíritus de la República.

El Dr. Luis María Drago era un

representativo de la ilustración y de la inteligencia, como fuerzas activas, creadoras y fecundas en la vida pública argentina, y había destacado su nombre con honor en el escenario internacional como un abanderado de las más elevadas concepciones jurídicas, en el orden de las relaciones entre los pueblos.

Su nombre evoca simultáneamente la figura del magistrado que hizo justicia con dignidad y brillo, la del diputado que enaltecó la tribuna parlamentaria con la ponderación de su juicio y la autoridad de su palabra y la del jurisconsulto que sobre la base de una amplia información jurídica, en los dominios del Derecho público y privado, sintió iluminarse el espíritu con el resplandor de los ideales y ampliarse sus horizontes con la visión de una humanidad más generosa en sus movimientos colectivos y más solidaria en sus destinos bajo el imperio de conceptos y de reglas armónicas y justas, como normas de solución de sus inevitables conflictos.

Pero sobre todo recuerda al internacionalista que ascendió a la eminencia

cia de las encumbradas posiciones públicas para servir a la humanidad y honrar a su país, por la inteligencia superior y la rectitud sin tacha, con la amplia cultura de un estudioso y la severa dignidad de un caballero, dentro del respeto prestigioso, sin reservas ni mezquindades, que los pueblos sólo rinden a los extraños cuando los sienten grandes y fuertes, luminosos en las ideas, con inspiración de justicia en la conciencia, con expresión de verdad en la palabra académica y serena.

Miscelánea

Contra la nacionalización de la enseñanza.—Palabras de un escritor que es sin embargo partidario de otras nacionalizaciones:

«La intervención del Estado en la educación, o sea en la dirección de la cultura, es un hecho con el que estamos familiarizados. Consideramos que esa intervención es lógica y plausible, pues estamos dispuestos a catalogar la función educacional en la lista de las otras funciones sociales cuya dirección

el Estado asume, ejerciendo un papel de promotor del bienestar de la comunidad.

Mas si penetramos en el móvil que guía al Estado al dirigir la educación, encontramos que no lo hace movido por un interés semejante al que le induce a promover otros servicios que afectan la salud y la vida.

Aunque parezca absurda la afirmación, puede decirse que al Estado *no le interesa la empresa de educar por educar*. La perspectiva de que los cien mil niños que ingresan anualmente al primer grado debieran ser conservados en las bancas de la escuela y del colegio, tolerando sus incapacidades y limitaciones, satisfaciendo sus caprichosas vocaciones, consultando en cada caso las conveniencias impuestas por las circunstancias personales y de la familia; la idea de que el Estado debería, no sólo retener al alumno en las aulas, sino atraerlo con amables cebos; en una palabra, la sola idea de que la escuela fuese como un gran sanatorio-hospital-gimnasio en donde (diremos figurativamente) se lavase al sucio, se curase al enfermo y se diera

fuerzas al débil, instituyendo algo así como una obra misionera de profilaxis social, tal plan, tal pensamiento no ha formado parte jamás del programa educacional de ningún Estado. Aun en el orden universitario, el que preconizase el proyecto de instituir centenares de nuevas cátedras para que en ellas se disertase sobre temas filosóficos, literarios o científicos extraños a las profesiones corrientes y franqueando la entrada al pueblo, sería sospechado de querer malbaratar los dineros del Estado en aventuras ajenas a su finalidad.

Al Estado, en efecto, no le interesa la educación del individuo sino *la organización del funcionarismo técnico* que tiene necesidad de mantener.

ERNESTO NELSON

(De *La cuestión social y la cultura*, Buenos Aires, mayo de 1921.)

*
* *

El 18 de agosto recién pasado, el Congreso de Costa Rica, sobrenombrado RESTAURADOR o de LAS NULIDADES, decretó la erección de un monumento a

la reina Isabel de Castilla en la plaza «España» de San José.

Será un monumento a la Codicia disfrazada de Piedad.

Entre las leyendas del pedestal se tendrá quizá el buen gusto de hacer figurar la siguiente, tomada del *Diccionario biográfico universal*:

«TOMÁS DE TORQUEMADA, *inquisidor general de España y confesor de los reyes Fernando e Isabel, hizo quemar, durante los 16 años de su ministerio, a 8800 personas vivas y a 6500 en efigie o muertas. Además, hizo condenar a 90000 a la confiscación de bienes. Expulsó de España a 80000 judíos y quemó más de 6000 volúmenes de bibliotecas particulares, Obtuvo el derecho de que le escoltasen 40 familiares de la Inquisición a caballo y 200 a pie.*»

Y podría agregarse estotro:

El ilustre ESPAÑOL Cristóbal Colón, para no ser expulsado de su país y poder obtener algún auxilio oficial, en cambio de las más halagadoras promesas de riqueza y engrandecimiento, vióse obligado a ocultar su raza y su nacionalidad.

*
* *

Glorificar a España es glorificarnos a nosotros mismos, pues somos españoles en gran parte. Y bien, ¿qué sería más significativo y honroso para España, glorificarla en la persona de una Isabel o en la de un apóstol cual Bartolomé de las Casas?

*
* *

Decía el argentino Lucio V. Mansilla:

«Hallar un hombre que no se contradiga, es más difícil que hallar un guijarro sin asperezas.

Conozco de memoria la topografía de mi barrio. Sé que en la vereda de mi casa hay una piedra floja, traicionera. No la pisaré, estoy casi seguro, ni de día ni de noche, en un año, por más apurado o distraído que vaya. Pero no puedo responder que no tropezaré en ella alguna vez, rompiéndome una pierna. Así son los hombres, que creemos conocer. El día menos pensado fallan, y tropezamos con alguna inconsecuencia inesperada de su conducta.»

Lo triste es que haya tantos guijarros erizados de asperezas y que sean ellos los *hombres de Estado*.

*
* *

Como elector de presidentes, he tenido en general la buena suerte de votar por alguno de los candidatos luégo derrotados. Sólo en una ocasión he probado, pues, el dolor del arrepentimiento. Y bien, ahora que he leído los últimos artículos de don Ricardo Jiménez contra el gobierno del Sr. Acosta, quiero confesar contritamente que yo fuí uno de los que creyeron a fines de 1919, que don Ricardo podía salvar al país del desastre motivado por la dictadura del Sr. Aguilar Barquero. Reléase pacientemente el n.º 11 de esta Revista, en el cual se publicó el sin igual decreto DE NULIDADES, y se comprenderá la desagradable sorpresa que me causa hoy la actuación política de don Ricardo en defensa de dichas nulidades, reeditadas por el Congreso «constitucional».

*
* *

Como terco individualista, soy ene-

migo de todas las *nacionalizaciones*.

(Ello explica una de las principales razones del arrepentimiento de que acabo de hablar.)

Pero sobre todo soy enemigo de la contradicción no confesada caballeramente. Hoy por fas, ayer por nefas, se atropella siempre el Código fundamental, olvidando que el respeto escrupuloso de esta Carta constituye la condición primordial de la vida republicana. En Derecho, las cosas se deshacen o se corrigen según han sido hechas. El acatar la omnipotencia loca de una simple Cámara legislativa, nombrada bajo la dictadura más absoluta que haya existido en Costa Rica, es el colmo de las desgracias.

*
* *

En un trabajo que acaba de publicar el pedagogo argentino M. S. Victoria, se lee lo siguiente:

«Con la perspicacia que les es tan característica, los jesuitas, esos educadores del éxito, desdeñan de educar a mujeres y a niños, para dedicarse exclusivamente al grado secundario, donde radica la primera acción eficaz y duradera del maestro sobre la con-

ducta del joven. Un paso más en la edad y en la evolución del individuo, y lógicamente la hubieran colocado donde las religiones y las universidades y donde actúan con tanta decisión los transformadores del mundo moderno, en la edad adulta, que es la del equilibrio, la de la libertad y la de la responsabilidad».

Lo cual significa, a mi entender, que las escuelas de primera y segunda enseñanza debieran limitarse, según lo he dicho tantas veces, a suministrar al niño y al adolescente LOS INSTRUMENTOS DE ESTUDIO requeridos en la edad adulta: LENGUAS Y MATEMÁTICAS.

*
* *

Todo está dicho—escribe La Bruyère—y se viene demasiado tarde después de más de siete mil años que existen hombres que piensan.

E. J. R.

25 de agosto de 1921.



LA NOVELA DEL DIA

◆ Harto conocida es ya
LA NOVELA DEL DIA,
para explicar las orien-
taciones que la guían;
las firmas trazadas en
ella la acreditan más
que cualquier testimo-
nio; Hugo Wast, Ma-
nuel Gálvez, Escobar,
Amado Nervo y muchos
otros escritores Hispa-
no-Americanos son bue-
na prueba de ello. ◆ ◆ ◆

Pedidos:

EDITORIAL BAYARDO

Sarmiento, 865

Buenos Aires

REPUBLICA ARGENTINA